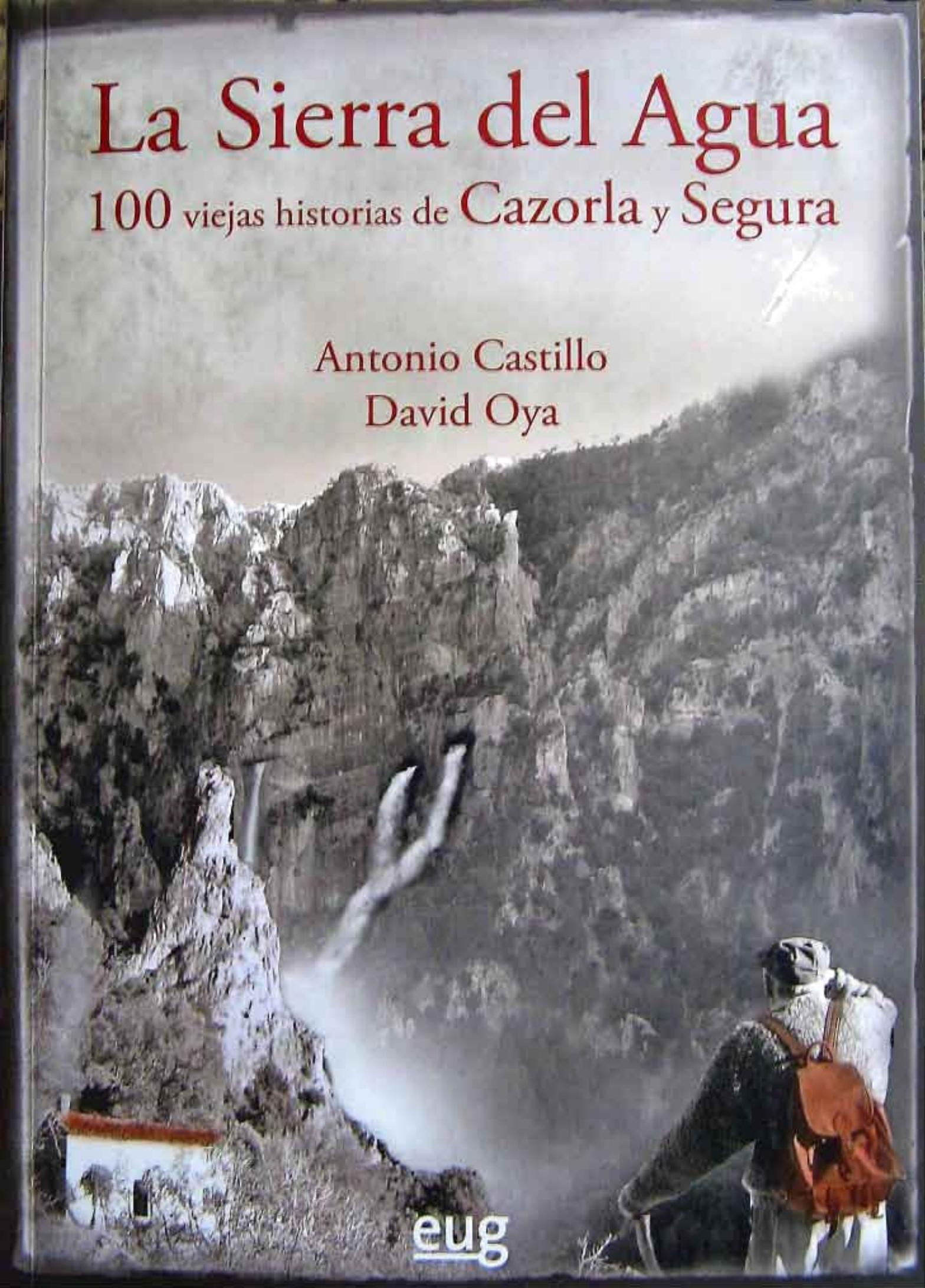


La Sierra del Agua

100 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2016)

"Regreso por Navidad a una fuente de la sierra de Segura"

En: "La Sierra del Agua: 100 viejas historias de Cazorra y Segura". ISBN: 978-84-338-5923-5.

Editorial Universidad de Granada. 157-160



34. Regreso por Navidad a una fuente de la sierra de Segura

Por Antonio Castillo



«Desde ese puntalillo donde de pequeño siempre me detenía a tomar resuello, me volví a echar una última mirada al lejano valle forestal, coronado de blancos calares, donde descansaba el cortijo y la fuente, antes de trasponer y decirle definitivamente adiós» (imagen Antonio Castillo)

MI INFANCIA SON los recuerdos de una fuente, sentimientos parecidos a los que han tenidos millares de personas antes que yo, y entre ellas el añorado Antonio Machado. Vine al mundo recién acabada la guerra civil en un recóndito cortijo de la sierra de Segura, donde pasé los primeros 18 años de mi vida. Hacía finales de los 50 la familia abandonó el cortijo, yo me fui al servicio militar, me casé y emigré a Centroeuropa, a tierras

muy diferentes a las de mi infancia, prósperas es verdad, pero gélidas y oscuras. Allí trabajé, me adapté y fue donde nacieron mis hijos y después los nietos, y donde vivo actualmente ya jubilado.

Desde que me fui, siempre hice lo posible por regresar cada año por Navidad a mis raíces, al pueblo, al cortijo y, sobre todo, a la fuente. Para mí, ese largo (y costoso) viaje era algo instintivo, lógico, natural. Lo había visto hacer a muchos animales, aves sobre todo. En las noches de luna llena del invierno, precisamente por Navidad y Año Nuevo, sentía el graznido de las grullas pasando muy altas sobre nuestro cortijo camino del sur. Por abril era el canto de los primeros jilgueros en la copa de la noguera. En mayo aparecían las golondrinas en el charco del vado del río. Por junio eran las codornices las que caían exhaustas a nuestras paratas de habichuelas. Y en San Juan eran bandadas de abejarucos los que amenizaban el sopor de las tardes de verano. Y así, cada mes, cada estación, cada tiempo tenía sus viajeros que volvían a otear en los mismos posaderos del año anterior, a anidar en las mismas ramas, a beber en las mismas fuentes.

Para mí, un animal también que habitaba en el norte, como muchas de estas aves, y para mi familia, la llamada empezaba a producirse por Todos los Santos. El reloj biológico cosquilleaba mis entrañas cuando la nieve era un manto continuo y la claridad del día apenas llegaba al suelo, igual que les debía pasar a las grullas y gansos que por esos oscuros días de noviembre veía preparados para el gran viaje en los estanques helados junto a mi casa. Era la Navidad que se acercaba, y tocaba ese querido y deseado regreso al cálido hogar, a la familia, y al luminoso sur. Desgraciadamente, no pude cumplir ese deseo todos los años, sobre todo al principio con los niños demasiado pequeños. Más tarde, y durante algún tiempo, fue un regreso a mis más queridas raíces, a mis padres, y especialmente a mi madre, la que peor llevaba nuestra ausencia. Fueron navidades que recuerdo muy gratamente. Por la inexorable ley natural, mis progenitores murieron hace unos años, igual que desde tiempo inmemorial les viene ocurriendo a las golondrinas o a las codornices, mientras que su descendencia sigue acudiendo fiel a la cita. Y yo me apliqué a los mismos dictámenes de esa sabia naturaleza.

Al principio, viajábamos todos. Después, al hacerse mayores, los hijos se fueron retirando. No habían nacido en el sur, y para ellos no funcionaba esa apetencia, esa llamada, ese instinto natural. Seguí yendo entonces sólo con mi mujer, eso sí, después de pasar Nochebuena con nuestros hijos y sus parejas. En el pueblo iba a la casa familiar, en buen estado y mantenida por una hermana. Allí está el cementerio donde yacen mis padres, pero apenas lo visitaba, no me decía nada ese frío recinto, no me transmitía ningún sentimiento, si acaso tristeza. Prefería ir al cortijo y a la fuente. Como una liturgia bien aprendida, mi mujer y yo cogíamos los bastones, una navaja, la gorra (que no falte), el macuto con algo de comer y de abrigo, y bien temprano del día 28 de diciembre, el de los Inocentes, tomábamos la vereda del monte que repechaba al cortijo (afortunadamente allí no han llegado todavía las pistas, los vehículos ni la gasolina). Frente a sus ruinas y al esqueleto tumbado de lo que fue nuestra noguera, me sentaba en el poyete del tapial, que se mantiene en aceptable estado. Y, al momento, creía ver salir por la puerta a mi padre de madrugada a echarse agua en la cara, diciéndome: «¡Venga niño, espabila, que se nos va el día!».

Pero no paraba mucho allí, la fuente, unos bancales más abajo, tiraba de mí con una fuerza indescriptible y junto a ella era donde quería estar cuanto antes. Estropeada, como todo lo que se abandona, y solitaria, sigue dando un buen chorro, un agua fría como la nieve que viene de los calares y las navas que coronan el valle como una boina. Era ponerme a su vista y un escalofrío me recorría el cuerpo. Era precisamente allí, junto al rumor de la fuente, donde con más intensidad me reencontraba con mi madre, jovial, alegre, lozana, guapa, con el cántaro a la cadera y cantando. Y pasado ese dulce trance, se me atropellaban los recuerdos. Allí nos juntábamos a jugar la chiquillería de los cortijos próximos. Era donde se iba a por el agua de la casa, a regar, a lavar, donde se majaba el esparto, se hacían las matanzas. Era, en definitiva, el centro de la vida social de los serranos que andábamos desperdigados por aquellos andurriales.

¡La Navidad y la fuente otro año más! ¡Qué recuerdos Dios mío! Entonces, abrazado a mi compañera de toda la vida, aquella niña morena de

ojos negros como el tizón, guapísima, con la que jugaba de pequeño en esa misma fuente, repasábamos juntos una vez más, y en silencio, nuestra vida, durísima en lo material, pero feliz en lo espiritual. Allí, al rumor de aquellas mismas aguas, la rondé ya de moza durante varios veranos, hasta que al final junté el valor suficiente para declararme precisamente un 28 de diciembre de hace hoy (2014) 57 años. ¡Cómo no voy a querer a esta fuente! ¡Cómo olvidarla! ¡Cómo no rendirle al menos una visita al año!

Completamente feliz, lleno, aliviado, como el que ha cumplido con un deber inexcusable un año más, me sentía flotar por la vereda de vuelta al pueblo. Desde la cuerda cimera, desde ese puntalillo donde de pequeño siempre me detenía a tomar resuello, me volvía a echar una última mirada al lejano valle forestal, rematado de blancos calares, donde descansaba el cortijo y la fuente, antes de trasponer y decirle definitivamente adiós. Y en el silencio de aquellos riscos perdidos, donde hoy sólo reina el sonido del viento y habitan las cabras monteses y las águilas, pido siempre con todas mis fuerzas un deseo: que no sea esta la última vez, que la vida me de la oportunidad de volver allí la Navidad próxima.

